

bien parado el principio de autoridad, pues todos los que en él tomaban parte, preferían el papel de *lapur* al de alguacil.

Hoy ha sido sustituido por el llamado *Kin kilivió*, que debe ser de origen extranjero, tal vez importado de Noruega por la tripulación de algún buque de los que se dedican al tráfico de maderas con nuestro puerto.

En el día sigue jugándose á *canicas* pero no como antiguamente. Entonces se cogía la *canica*, se colocaba entre la primera y segunda falange del dedo pulgar, apuntándola con el dedo indice, y lanzábase con una fuerza que hacía saltar á la contraria aun cuando estuviera resguardada en el más recóndito *choco*, sin que valieran los *bertan* ni *alezpanu artzen* alegados como artera argucia de tráposo.

Hoy se coge la *canica*, se coloca sobre la uña del dedo pulgar, y, se lanza sin brío ni fuerza alguna, á lo *manganita*, como se decía en mis buenos tiempos; y gracias que haya una buena *errolla* que encañe convenientemente el esférico chisme, que de otro modo no hay que contar con que dará á la contraria.

La *perracha* es otro de los entretenimientos que, casi han desaparecido y, á la verdad, está justificada, hasta cierto punto, su desaparición.

Figúrese el lector estar viendo á media docena de mozalbetes armados de palos en forma de cimitarra (de donde viene el dicho vulgar *perracha baño okerragua*), sacudiendo sendos latigazos á una pelota para hacerle pasar el límite ó *escás* señalado á las *pasas*. Pues bien; cuando se encontraban dos ó más cerca de la disputada pelota, el más osado lanzaba con arrogancia el grito de *jazul!*, señal de rompiimiento de hostilidades, y atizaba á su contrincante un soberbio palo en los piés, para separarlo del teatro de la guerra y dar á la pelota con mayor holgura.

Generalmente los compañeros de *perracha* del que emborrona estas cuartillas, pertenecían á la nata y flor del barrio de la Jarana y carecían del calzado necesario para resguardar de los golpes los magníficos y soberbios sabañones que á guisa de chorizos extremeños lucían en los dedos de los piés. Excuso decir los *jazules!* que lanzaría valido de aquella ventaja y los *ospeles* que curé con un procedimiento tan radical y poco costoso.

La diversión más propia para el invierno era la conocida por *solo-mosuetan*, pues se calentaban de lo lindo las espaldas del que resulta-

ba *pasa*, quien con la gorra encasquetada hasta cubrir la nariz, recibía impávido los sendos trastazos que le propinaban sus compañeros, algunos de los cuales escondían en los pliegues de la boina un pedrusco ó algún otro objeto duro para aumentar las torturas del llamado á recibir los golpes.

Aunque no muy en boga, aun se conserva el *labian-al dana* con el sabroso *aidian karrakillo* y el contundente *ospela y trancazo*, juego que en los buenos tiempos en que las *koškas* de San Vicente solían ser el punto de reunión de la juventud donostiarra, estuvo en auge con *á la mar, á la mar, dos, ¿cuántos son?*, diversión esta última que cuando se reunía un buen número de chicos cabalgando unos sobre otros, convertía el atrio de la iglesia de San Vicente en picadero de un depósito de la remonta.

Y á propósito de San Vicente, los que conservamos vivo el espíritu *jošemaritarra* y recordamos con cariño los lugares que han servido para nuestras diversiones infantiles, hemos visto con sentimiento la desaparición de la antigua *chirriya*, ó sea la rampa que ha existido adosada al muro de la mencionada iglesia, á la izquierda de la puerta principal.

Aquella rampa ha servido á varias generaciones de escuela para el juego de la pelota por las especiales condiciones que reunía para aprender *chekaketan* y ha sido también la desesperación de algunas madres que se veían obligadas á zurcir diariamente los pantalones á sus hijos á consecuencia de los numerosos desgastes que se causaban éstos en las rodillas y la parte posterior.

Ya nadie se divierte *calabetan*, verdadero ejercicio gimnástico parecido al baile inglés ni *anchichukuketan*, originalísima diversión en la que más de uno se propinaban involuntarios y no muy agradables *amaiketakos*, particularmente si la mesa resultaba en sitio blando y no muy aseado.

¿Quién se acuerda de jugar *al mech*, ni de las *chiras* españolas, francesas, *tartarras* y de *espel*?

Otra de las diversiones favoritas de los chicos llegó á ser la elaboración de *opillas* en las mangas de la camisa de los que se bañaban, dándose el caso, algunas veces, de quedarse el panadero con la manga en la mano á fuerza de dar tirones para que el nudo resultase bueno.

Por cierto que nuestra playa presentaba entonces otro aspecto muy distinto al de hoy.

Un poco más allá del sitio donde se coloca la caseta real formaba la tropa en el primitivo traje de Adán y lanzábase al agua al toque de *paso de ataque*.

Algo más lejos, en las cavidades que forman las peñas que del muro avanza hacia el mar, improvisaba su caseta un título nobiliario cuya residencia solía ser el aristocrático *faubourg* de Iguelo.

Y dejando las digresiones á un lado, añadiré que tampoco se juega al *can edo punt*, ni á *apoilo sin veneno*, al *atrapaidu* y otros muchos entretenimientos que pasaron al olvido han sido sustituidos por otros menos inofensivos y más perjudiciales á la salud.

Hay que confesar también que en aquel tiempo se concedía mayor expansión á la juventud y se le permitía hacer uso de la vía pública y de las plazuelas para sus diversiones favoritas; no como ahora, que por un prurito de mal entendida cultura, se restringe la natural libertad de que deben gozar los jóvenes y se obliga á éstos á tomar un derrotero peligroso que de otro modo no conocerían.

Hoy, le basta á un celador municipal ver á tres chiquillos reunidos en medio de la calle, departiendo sobre el gusto de una *chustarra*, para lanzarse sobre ellos con el bastón levantado en alto como si fuera en persecución de verdaderos criminales; así es que aquellos llegan á temer á la autoridad en la persona del primer Gutiérrez, Ordoñez ó Rodríguez con quien tropiezan, no por lo que éstos representan, sino por el bastón que esgrimen ante sus ojos con ademán airado.

Y no se crea por ésto que en los tiempos á que me refiero había excesiva tolerancia, como lo demostraban con harta frecuencia los magníficos cardenales (y no tonsurados) con que los celadores nos adornaban las espaldas cuando nos cazaban á la *tralla*.

Bien es verdad que entonces vivíamos casi en familia y los municipales nos consideraban como miembros de la suya cuando se encuentran á San Benito de Palermo.

En el día apenas emplean tan contundente argumento, y cuando hacen uso de él, es sobre las costillas de algún desheredado de la fortuna que se permite andar en medio de la calle al peligroso y hasta criminal juego de la *chiva*.

En aquella época, cuatro municipales bastaban para mantener el orden en el pueblo y sus afueras; y no solo vigilaban las calles de la población, sino que se aventuraban á ir al barrio de Loyola ú otro cualquiera donde llegaban á saber que se tiraba de la oreja á Jorge, y pre-

sentándose de improviso, armados de una simple varilla de juncos y una linterna en la mano, se aprovechaban del poco ó mucho dinero que encontraban sobre la mesa de juego, para emplearlo en *chiquerdis* á falta de papel sellado.

Porque, lo que ellos decían —el papel no aprovecha á nadie, pero el mosto.....

Ya poco queda de las antiguas costumbres *jošemaritarras*, por incuria de los llamados á transmitirlas á sus hijos y la indiferencia con que las mira la juventud actual, más encariñada con los goces que encuentra en otra atmósfera muy distinta á la que nosotros hemos respirado.

EUGENIO GABILONDO.

(De *La Perla Euskara*)

EZTILLARGI

(NERE LAGUN LEYALA DAN JUAN FRANCISCO URIBARRI-RI)

Zorioneko albiste bat gaur
goizian eman dirate
esanaz nola egiten ze. an
zeru puška baten jabe;
argatik orain ezdet nai egon
iſilik, aitortu gabe
zenbateraño naizen alaitu
jakinda berialaſe.

Ez det ikusi, gordea dago
zure maitecho pontzela
landare fiñ ta baliyosoak
egoten diran antzera;
bañan usayaz lore gorde bat
ezagutzen dan bezela
igertzen diot ikusi gabe
zer izan liteken bera.

Biotz on batek eziñ lezake
maita bere diñ ezmanik
eta munduan ez da zuk baño
leyalagoa dubenik;
orrengatikan esango nuke,
nor zeran ondo jakiñik,
lurren gañean doatsuena
izango zerala gaurtik.

Nere luma nar eta gai mochak
ukatu ez balirate
itz obegotan esango nuan
merezi dezun ainbeste;
bañan azkenik oroitza apur au
gogoz biyak artzazute,
t'eztillargi on bete betian
luzaro bizi zaitezte.

EMETERIO ARRESE.

MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

LARRASPURU

Era Larraspuru el general de más sólido prestigio y de fortuna mejor justificada de cuantos por entonces cruzaban la carrera de Indias. Marino experimentadísimo y ducho como pocos en cuantos recursos exigían los mil azares de su peligroso oficio; de extraordinaria presencia de ánimo en los momentos de mayor peligro, debió á sus peculiares dotes personales y á su valor frío, reflexivo y sereno, los rápidos progresos de su carrera empezada en plaza de simple soldado y terminada en la mayor jerarquía cuando, muerto en buena edad, pues traspasado apenas el meridiano de la vida no había empezado aún el período del ocaso, todavía pudo haber prestado á la patria servicios singulares.

Por los días en que se nos ofrece el insigne azcoitiano cobijando bajo su poderosa é inteligente protección los gallardos anhelos del adolescente primogénito del secretario Domingo de Echeverri, hallábase en el apogeo de la popularidad más justamente merecida, gozando, cual ninguno en su tiempo, los alhagos del favor público acreditado en una serie de afortunados viajes y arriesgadas y rapidísimas empresas.

Almirante de la escuadra de galeones del marqués de Cadereyta en conserva de la flota de Tierra Firme, apareció en el puerto de Cádiz con su almiranta y un galeón de los que más riqueza conducían por los días mismos en que, angustiado el espíritu público, se tenía por irreparable la desgracia de la total ruina de aquella riquísima flota,

combatida por uno de los más espantosos huracanes con que la pródiga naturaleza tropical suele sorprender los mares antillanos.

He aquí, en síntesis, el suceso.

En la mañana del lunes 4 de Septiembre de 1622, serena y apacible, salía del puerto de la Habana la flota de Tierra Firme del cargo de D. Juan de Lara Morán y de su almirante el infortunado D. Pedro Pasquier, navegando en conserva de los galeones de D. Lope Díaz de Armendariz y de su intrépido almirante Tomás de Larraspuru. En junio, ocho galeones y tres pataches de guerra y diez y nueve naos mercantes; cuando de repente, á la hora de la conjunción, presentóse por el nordeste el fenómeno con extraordinaria violencia, sorprendiéndola en las inmediaciones de la Tortuga y bajos de los Mártires. Cada navío procuró ponerse en estado de defensa, calados masteleros y afe rradas las velas, quien á correr el temporal que por instantes arreciaba, quien á resistirlo de mar en través. Vano empeño. Pasáronse las horas del día en lucha tenaz contra los embravecidos elementos y amenazaban los siniestros peligros de una noche tenebrosa, durante la cual, tronchados los árboles y rotos en mil partes el cordaje y la lona, empezaron los naufragios.

Del primero que varó, el galeón Santa Margarita, en uno de los cayos de los Mártires, pudo salvarse la gente. Siguióle Nuestra Señora de Atocha, almiranta de la flota, tan de repente y con tanta violencia que sepultó con su almirante D. Pedro Pasquier y su capitán, á todos los pasajeros del Perú. Ni uno pudo salvase. Una hora después varó en la Tortuga, sobre un cayo, el Rosario, del cargo del bizarro capitán Miguel de Echezarreta; y siendo este galeón de quien menos esperanzas se tenían, sa'vóse, por la pericia de su capitán, la gente y toda la riqueza, incluso la artillería, pues solo perdió una barra de plata de 350 que conducía. Perdióse igualmente una fragata propiedad de los Montieles de Cartagena de Indias, pero Larraspuru acudió al punto y salvó toda la gente. Menos fortuna tuvieron otras tres naos hundidas precipitadamente.

Sin descansar apenas de los quebrantos y fatigas de tan peligroso y accidentado viaje, durante el cual sepultó el fenómeno cuatro galeones y un patache de guerra, y cuatro navíos mercantes con más de mil personas y cuatro millones de plata y mercaderías, dispuso el Consejo de Indias que inmediatamente marchara Larraspuru á las Antillas con mando en jefe de catorce galeones y dos pataches á limpiarlas de ene-

migos. Llegó á la Margarita y espantó de las vecinas salinas de Araya seis navíos holandeses; corrió todo el mar de Caribes, tocó en Cartagena y Portobelo; destacó una división á Jamaica en seguimiento de velas enemigas; limpió las islas menores, sus guaridas, de contrabandistas ingleses, holandeses y franceses y juntando, por último, las flotas de Tierra Firme y Nueva España, mediando el mes de Agosto de 1623, entraba de nuevo en Cádiz nuestro afortunado general, cuando aún no se le esperaba, con 32 velas y un tesoro de cerca de trece millones en barras de plata, oro y riquísimos frutos.

Este rapidísimo y venturoso viaje puso el colmo al entusiasmo público, cuando todavía no se había dado cuenta de la justificada alarma en que se hallaba el gobierno en presencia de la más imponente coalición que hasta entonces se había organizado contra la nación católica.

Holanda, tenaz en destruir el nervio que sostenía y alimentaba por nuestra parte la guerra en los Países Bajos, donde éramos vecinos tan molestos, organizó dos poderosas escuadras con destino al Océano Pacífico y al Brasil, gobernadas por sus más atrevidos almirantes L'Hermite, Jacobo Willekens y Pedro Heyn, para apoderarse de los puertos del Perú, que no llegó á conseguir, y de la bahía de Todos Santos y ciudad del Salvador, que saqueron con feroz impiedad, abarromando los navíos de incalculable riqueza de joyas y alhajas sustraídas de los templos, y de codiciados frutos con que la compañía distribuyó magnífico dividendo, dando ocasión á que bajo el mando de D. Fadrique de Toledo se juntase una escuadra, fuerza de 52 navíos, con cerca de 1.200 cañones y más de 12.000 hombres; poderoso y extraordinario esfuerzo con que la metrópoli salvó por entonces la predilecta colonia portuguesa.

Francia, en inteligencia con los magnates de Italia, se apoderaba al propio tiempo de varias plazas y ponía en riesgo la seguridad de Génova y Milán. Inglaterra, que no perdía ocasión de concurrir al despojo, desairada y herida en el amor propio de su rey Carlos I por el mal resultado de las negociaciones matrimoniales, cuando el Príncipe de Gales aspiró á casarse con nuestra católica infanta D.^a María, organizó un poderoso armamento de más de 100 velas y 10.000 hombres de desembarco con que atacó y puso en grave aprieto la plaza de Cádiz, con afortunado suceso para nuestras defensas dirigidas por el achacoso don Fernando Girón.

Los moros argelinos y berberiscos, infatigables y poseídos como

nunca de odio feroz, infestaban las costas mediterránes al propio tiempo que asediaban de nuevo la plaza de la Mámora, convencidos de que mientras permaneciera en nuestro poder no había de ser posible desembarazar el puerto de Salé, refugio de los corsarios piratas que acechaban el paso de nuestras armadas de Indias. «Tratábase de una amalgama general en Europa, Asia y África—dice el erudito historiador Fernández Duro—que destruyera, que anonadara á la nación católica á reserva de solventar después las diferencias entre partes».

Tal era, á grande rasgos, la tormenta que se había desencadenado contra España. Y en trances tan apurados se encomendó á Larraspuru que organizara en Lisboa una armada que se elevó á 77 velas, con la que salió al encuentro de nuestras flotas, acechadas por tan considerable número de enemigos, que se llegó á dudar de su feliz arribo á los puertos de la península, causando infinita alegría cuando la vieron entrar en la bahía de Cádiz en guarda de los navíos de Larraspuru.

Nuevo y rápido viaje á las Indias, en escolta de las flotas del Perú y Nueva España, acreedita la confianza que llegó á inspirar la pericia de Larraspuru. Regía la primera D. Juan de la Cueva y D. Lope de Hoces la segunda, acechadas ambas por tres respetables escuadras holandesas situadas á la espera en las inmediaciones de la Isla de Cuba, costa de la Florida y seno mexicano.

Sorprender de cualquier modo nuestras flotas y apresarlas era ya el norte de las aspiraciones de aquel pueblo dispuesto á deshacer la especie del encanto que parecía envolver á nuestros galeones de Indias y á demostrar con un golpe de mano, rápido y atrevido, que no eran invulnerales ni mucho menos invencibles. Eran sus almirantes Boduyn Enrique y Piet Heyn, famosos corsarios conocedores de aquellos mares, islas y cayos, donde tenían sus guaridas, como de las propias naves que regían.

Reunidas en la Habana las dos flotas y las naos de Honduras, el 15 de Agosto de 1626 se dispuso la salida convoyándolas los trece galeones de Larraspuru. Convencido Piet Heyn que con semejante escolta regida por general tan esforzado no podría apoderarse de aquel valiosísimo convoy, aunque su escuadra era más potente, dejóla el paso franco; y ya creían nuestros marinos arribar á España sin quebranto, cuando, de repente, un furioso temporal sobre las Bermudas los sorprendió y separó los navíos. El mástil de la capitana de Larraspuru cayó sobre cubierta tronchado por un rayo que produjo la muerte

te de cuatro personas. La almiranta de Nueva España y un patache fuérонse á fondo sin que se pudieran salvar más que 300 hombres; el destrozo en otros galeones fué completo y rezagada la almiranta de Honduras y un patache fueron á caer en poder del enemigo. Al fin, el 18 de Noviembre rindieron en Cádiz el viaje.

Nuevo triunfo alcanzado por nuestro infatigable y bizarro general cuéntase en el largo y glorioso catálogo de sus hechos. Organizó escuadra de 35 velas para socorrer á la Mámora, auxiliada el año anterior por D. Antonio de Oquendo, sitiada ahora por ejército berberisco y gruesa armada dueña de la boca del puerto. Las operaciones del sitio estaban dirigidas por ingenieros ingleses; y tan pronto como, mediando el mes de mayo de 1628, se presentó Larraspuru frente á la plaza dispuso el desembarco y acometiendo con extraordinario empuje por mar y tierra al enemigo, se hizo dueño del campo y con un considerable botín de pertrechos de guerra y de cuanto en huída precipitada dejaron abandonado los enemigos, dió por terminada su rápida y feliz expedición.

Estos fueron algunos de los valiosos servicios del general D. Tomás de Larraspuru, bajo cuyas órdenes iba á empezar su aprendizaje marinero el futuro Conde de Villalcázar de Jorge. «Favorito de la fortuna —dice Fernández Duro— marinero, constructor, piloto, ascendido por mérito excelente desde soldado á Capitán general de la armada del mar Océano, primera de España; portadora del estandarte real, á cuya vista todos los otros se abatían, señaló la insignia de Calatrava en su pecho el aplauso de las derrotas con que una y otra vez condujo á España caudales del Perú, pasando con pocas naves entre ochenta que en ocasiones le buscaban.» Mereció todas las preferencias del primer Ministro de Felipe IV que le elevó á la suprema jerarquía en sustitución del reputadísimo y acreditado general D. Fadrique de Toledo y Osorio, inícuamente despojado de cuantos empleos y honores había sabido conquistar en una no interrumpida función de guerra y desterrado y muerto, al fin, de pesar, por tan iníquo proceder.

Además del valido, facilitaron á Echeverri los adelantos de su rápida carrera los secretarios de los Consejos, compañeros de su padre, Juan Bautista Saez de Navarrete, Gregorio de Leguía, José de Insausti y Domingo Herrera de la Concha, especialmente los dos últimos con quienes le unieron siempre cordiales vínculos de amistad fraterna. Mostraron igualmente propicios hacia nuestro joven marino, aparte la

protección de D. Gaspar de Guzmán, que no perdió durante los días de privanza, el conde de Castrillo, Presidente de la Junta de Guerra de Indias, el duque de Abrantes, D. Fadrique Enríquez, Consejeros y otros no menos influyentes personajes. Certo que Echeverri solía imponerse graves cuidados en todos los viajes que hizo á las Indias, donde los magnates y altos funcionarios de la administración pública poseían pingües encomiendas, sueldos y gratificaciones situados en aquellas cajas que hacían efectivos puntualmente por su mediación; y nuestro marino fué siempre activo y celoso cumplidor de los encargos que se le encomendaban.

Muerto Larraspuru en 1632, el mejor general que, según declaración del propio Monarca, gobernaba sus escuadras, sirvió también Echeverri á las órdenes de D. Carlos de Ibarra, uno más, y de los mejores, en la serie no escasa de famosos generales bascongados de la marina del siglo XVII, á quien debe la historia páginas brillantes; pues el marqués de Caracena fué uno de los que con más crédito, valor y fortuna rigieron escuadras. Puede, por tanto, afirmarse que el futuro conde de Villalcazar de Sirga, en cuantas ocasiones hubo menester los consejos de la experiencia, tuvo la suerte de hallarlos en las personas más justificadas y de mayor prestigio. Larraspuru, Oquendo, Ibarra, Urzua y Arizmendi, famoso almirante nabarro, Izarraga, Isasi, Echezarreta, Sancho de Urdanibia, cuantos marinos bascongados adquirieron legítima gloria, fueron protectores, consejeros, maestros ó camaradas discretísimos de nuestro experto marino.

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)



RESUMEN HISTÓRICO DE LA TELEGRAFÍA

(Recopilado de varios autores)

Historia

Los primeros medios empleados consistieron en grandes hogueras encendidas en las cumbres de las montañas, que por su humo durante el día y al resplandor por la noche daban á conocer un hecho previsto y determinado.

Otras veces se instalaban extensas líneas de centinelas, que de uno en otro se transmitían la noticia; por este procedimiento durante las guerras Médicas, se comunicó Susa con Atenas en cuarenta y ocho horas.

Por medio de grandes gritos que eran repetidos de montaña en montaña, convocaban los Galos á sus Tribus.

Los romanos usaron la telegrafía con carácter permanente, construyendo torres en las que se disponían señales como banderas por el día y antorchas por la noche; también empleaban fogatas, estandartes y bocinas.

En España existen aún ruinas de muchas de las torres ó atalayas que los moros establecieron en las cimas de las montañas.

A raiz del descubrimiento del telescopio, Amontons propuso hacer señales por palancas articuladas.

A fines del siglo XVIII, el abate Claudio Chappe francés, inventó un aparato para comunicarse con sus hermanos distantes media legua, presentándolo en 1793 á la Convención,

que lo aceptó estableciendo líneas telegráficas. Este aparato consistía en un mástil vertical y fijo cruzado por otro móvil provisto en cada uno de sus extremos, de otro móvil también en forma de pequeñas alas. Siendo numerosas las posiciones que este aparato podía tomar, numerosas eran las señales que se podían transmitir de estación en estación.

Más tarde se adoptó en España, siendo modificado después. Se componía el modelo Español de dos bastidores verticales y cruzados por fajas horizontales; un tambor ó aro que bajaba ó subía, podía tomar diferentes posiciones respecto de las fajas horizontales.

Telégrafo Eléctrico

El francés Lesage ensayó en Ginebra en 1774 un telégrafo eléctrico, empleando 24 hilos metálicos en cuyos extremos tenían electróscopos de péndulo, que correspondían con las letras del alfabeto.

Para señalar una letra se hacía comunicar el extremo opuesto con una máquina eléctrica.

El sistema se aplicó entre Madrid y Aranjuez por Betancourt; la electricidad pasaba por los hilos por la descarga de una botella de Leyden.

El Español Salvá trató también de este asunto, y presentó una memoria y un aparato á la Academia de Ciencias de Barcelona, del que se ocupó la *Gaceta de Madrid*; á pesar de lo cual se desconoce el referido invento.

El descubrimiento de la pila por Volta el año 1800, dió un avance á la telegrafía eléctrica.

Once años después Soemmering empleó la descomposición del agua valiéndose de 36 hilos metálicos aislados, tendidos entre las dos estaciones; unas agujas de oro soldadas al extremo de cada uno de ellos, se sumergían en una caja llena de agua acidulada; uno de los hilos estaba en comunicación por su extremo opuesto con el polo positivo de una pila, y el otro con el negativo; estableciéndose de este modo de dos en dos hilos. La aguja de oro del primero iba desprendiendo una nube muy tenua de burbujas de oxígeno y

la aguja del segundo una más abundante de hidrógeno, de modo que señalaba dos hilos y por lo tanto dos signos á la vez.

En este aparato perfeccionado después por Schweiger se observa un avisador; el gas hidrógeno que se desprendía de uno de los hilos, pasaba á una campana suspendida de una palanca horizontal en equilibrio, en cuyo brazo opuesto había un anillo. El gas hacía subir la campana y resbalando el anillo por el brazo opuesto, caía en un recipiente de metal produciendo ruido para llamar la atención.

El descubrimiento de la acción de las corrientes sobre la aguja imanada en 1820 por Oersted, fué un nuevo avance para la telegrafía.

Schiling constituyó el primer telégrafo de agujas. Introdujo cinco hilos de platino en un cable de seda, que comunicaban, por un extremo, con un galvanómetro y por el otro con un teclado como el de un piano; hizo pasar una corriente por uno de estos hilos y según el sentido de ésta, la aguja se desviaba á la derecha ó á la izquierda; lo cual constituía con las cinco agujas diez señales distintas.

En 1837, Wheatstone y Cooke asociados en Inglaterra y Stenheil en Alemania, construyeron los primeros aparatos que funcionaron regularmente á distancia; reduciendo el número de agujas á dos y después á una.

A Wheatstone se debe el *relais* que es el aparato propio para el relevo de corrientes en la línea, cuando ésta es de longitud.

El aparato práctico por excelencia se debe á Morse, natural de los Estados Unidos de la América del Norte, fundado, como ya sabemos, en la imantación momentánea del hierro dulce al paso de una corriente eléctrica por la hélice que lo rodea; principio fundamental que se debe al ilustre físico francés Aragó; como el electroimán se debe á Sturgeon en 1825; así como los sistemas de señales de agujas se deben á Oersted, quien descubrió en 1819 la acción de la corriente sobre la aguja imanada; y á Schweigger que pocos años después ideó el galvanómetro.

En 1835 Morse construyó un modelo bastante imperfecto

de su aparato, en este modelo, deficiente en extremo como mecanismo, hay ya todos los gérmenes del aparato.

Desde los orígenes de la telegrafía hubo la idea de que los despachos telegráficos salieran impresos en caracteres ordinarios y esta idea hizo trabajar á varios distinguidos inventores para resolver el problema. Son numerosos los que podríamos citar.

Wheatstone en 1841 adaptó á su aparato de cuadrantes (reformado después por Buguet) un mecanismo en el cual á cada letra del alfabeto correspondía un muelle y la misma letra de relieve se hallaba situada al final del mismo; y como estos formaban parte de un disco giratorio y pasaban sucesivamente por encima de cilindro provisto de papel blanco y papel de calcar, al llegar á este cilindro la letra que se quería transmitir, un martillo regido por un electroimán efectuaba la impresión.

Bain en 1843 obtuvo privilegio de invención, por otro aparato impresor, en el cual un cilindro móvil lleva el papel de impresión, y una rueda contiene en su contorno la letra que se ha de imprimir, las cuales son untadas de tinta por un rodillo; un electroimán rige el movimiento del cilindro y otro electroimán el de la rueda y cuando debe efectuarse la impresión, una corriente eléctrica hace que la rueda choque con el cilindro.

Además se encuentran como inventores de otros tantos aparatos impresores, Siemens, Breguet, Freitel, Du Moncel, Grimaud, el español Marenel y otros muchos.

Aparte de otros graves inconvenientes, adolecen de la falta de rapidez y de ser necesarios, en muchos de ellos, dos conductores para un servicio; como que en ellos el movimiento se efectuaba por una sucesión de emisión de corrientes y la impresión por otra corriente, esto es, á cada emisión de corriente corresponde un avance en la relojería y llegada la letra que se quería transmitir, una corriente distinta obrando sobre un segundo electroimán efectuaba la impresión.

Pero hay otro sistema de aparatos impresores fundados en un sincronismo de marcha menos empírico y mucho más veloz, y como tal sincronismo se obtiene por medios inde-

pendientes de la corriente eléctrica, y cuando se emite es para hacer la impresión.

Entre los muchos que hay de este sistema el único que ha llegado al terreno de la práctica ha sido el Hughes.

David Eduardo Hughes natural de Londres, asociado á otro ideó un aparato del sistema impresor obteniendo privilegio en Francia en 1855; durante tres años introdujo tan felices modificaciones, que en 1858 obtuvo nuevo privilegio del gobierno francés, y tal debió ser el mérito de su invención, que en 1858 se celebró un contrato entre el inventor y la administración francesa pagando esta á Hughes 200.000 francos por el uso de su invento en territorio francés.

Premiado éste en 1867 en la Exposición Universal de París con Diploma de Honor, otras administraciones incluso la española siguieron el ejemplo de la francesa y no tardó en ser de uso general en las más importantes estaciones del mundo.

El sistema *electro-químico-telegráfico* presenta grandes ventajas, por más que en Europa no haya sido acogido con predilección ni practicado. Suprimir electroimanes mecanismos complicados dados á retardos en la propagación eléctrica, nos parece realmente un mérito.

Nos limitaremos á dar de este sistema una ligera reseña histórica.

En 1839 Davy ensayó y obtuvo privilegio por un aparato impresor electro-químico bastante complicado, pero en el cual la impresión se efectuaba por el contacto de un estilete de hierro sobre un papel impregnado de hidratado de potasa y muriato de cal, envuelto en un cilindro metálico provisto de un mecanismo de relojería.

Bain en 1845 dió á conocer un sistema mucho más práctico que consistía en una hoja de papel impregnado de cianuro de potasio y sobre este por medio de un mecanismo, frotaba un estilete de hierro descubriendo su movimiento una espiral. Este aparato tuvo bastante aplicación en los Estados Unidos é Inglaterra y fué modificado con éxito por el francés Bouget, que en 1856 le redujo y simplificó en términos que si suponemos un Masesin electroimanes y en él una cinta que

corre arrastrada por el aparato de relojería é impregnada aquella de ferrocianuro de potasio, nitrato de amoniaco y agua, sobre cuya cinta apoya un estilete se comprende que al recibirse la corriente se produzca por la acción química una descomposición que decolora el papel.

Como para esta acción química se necesita una corriente no debilitada, un constructor de aparatos, parisien, ideó un *relais* obteniendo buenos resultados.

Han sido inventados también hacia mediados del siglo pasado, aparatos para reproducir cualquier dibujo ó escrito autográficamente.

Sistema duplex

Al bajar el manipulador para emitir una corriente, ésta se divide, marchando una á tierra y otra á la línea después de pasar cada una por una de las dos bobinas del electroimán; por tanto, marchando á la vez dos corrientes por éste, no se imana y el receptor no funciona. Pero si viene una corriente de la línea, ésta va á tierra ejerciendo su acción sobre el electroimán y funcionando el receptor. Si transmiten á la vez ambas estaciones, la corriente positiva de la una se suma á la negativa de la otra y los dos receptores funcionan.

MIGUEL P. ALCORTA.

(Se continuará)





EL PROBLEMA DEL PAN

Solución de la crisis agrícola por aumento y abaratamiento de la producción

POR

EL CONDE DE SAN BERNARDO

(CONTINUACIÓN)

Obtenido el pan á precio que desafíe toda posibilidad de concurrencia puesto que es mayor la cantidad de trigo producida con poco gasto (siendo ésta precisamente la razón de que ganen cuando la cosecha es buena, porque con el mismo gasto tienen más cantidad), cesa instantáneamente la lucha por el pan, causa del desorden social y del odio de clases, el obrero vive mejor porque le cuesta más barato su alimento, que absorbe hoy casi la totalidad del jornal y del conjunto de sus gastos; las industrias que hoy se ven imposibilitadas de subir los jornales

porque no podrían por caros vender sus productos, toman nuevo desenclavamiento, con la doble ventaja de que el mayor trabajo de siembra y recolección en los campos y la mayor superficie de tierra que se pone en cultivo, exige allí un número más considerable de braceros y aleja la posibilidad de que vengan á las fábricas á hacer ruda competencia á sus obreros. Termina también, como por encanto, la lucha por la vida en los primeros que vayan gozando de sus beneficios, nivelando hacia arriba, que es lo conveniente para que todos asciendan en la escala social y no en la miseria, como conseguiría el socialismo, puesto que suprimido el interés individual y el beneficio en el propio esfuerzo, disminuye el trabajo, mientras que así se aumenta y con él la riqueza, aliando el interés individual con el patriotismo, puesto que la primera nación que lo consiga, será la que se imponga en el mercado universal.

¿Qué ha esterilizado hasta ahora los grandes movimientos agrícolas y conviene procurar no esterilice también el que se inicia? Huelga quizás la contestación, porque está en el ánimo de todos. Hallándose todavía en España vinculada la dirección en los hombres públicos, educados en una época en que se sentían otras necesidades exclusivamente políticas y, para satisfacer las cuales, corrompián consciente ó inconscientemente á sus agentes, pagando sus servicios con mercedes que ponían á los agricultores en sus manos, veíanse éstos obligados á ceder y se acostumbraban á esperar toda mejora por camino distinto de la perfección de su industria, y como consecuencia, ésta se veía casi abandonada á las manos menos aptas, por su rutina é incultura, no ya para el adelantamiento de su industria, sino para la marcha ordinaria y regular con las naturales excepciones que explica que ganen algunos, y los que últimamente hubieran podido hacerlo, como el beneficio mayor lo obtenían más pronto por otros caminos, por ellos iban en tropel, y en las reuniones y casinos los periódicos políticos ocupaban el puesto de los profesionales que algo podían enseñar, y el ejemplo de las ventajas adquiridas contagiaaba incesantemente á los que otras aficiones demostrarán; el movimiento engendrado en estas condiciones, ¿á dónde había de enderezar las gestiones y la representación de sus agravios sino á aquellos de quienes estaban acostumbrados á recibir el premio y á quienes acostumbraban á prestar sus servicios? Y al llegar la queja á éstos, que no estaban mentalmente preparados para recibirlas y apreciar lo que al bien común interesaba atenderlas, no tenían ni deseó ni

medios de satisfacerlas, que no son los analfabetos más perjudiciales los que en las estadísticas aparecen como no sabiendo leer, sino aquellos que, pecando por omisión y por ignorancia, conservan las ventajas de la dirección petrificados en las necesidades de otros tiempos, pero no imprimen la que es saludable y engrandece á los pueblos; por eso se encuentran totalmente divorciados de las aspiraciones de la opinión é ineducados para satisfacerlas, porque acostumbrados á *hablar*, que es fácil, no es posible pedirles que sirvan para *hacer* aquello que exige haberle dedicado estudio y tiempo para entenderlo y disponerlo, y ya les falta casi voluntad para emprenderlo; y como los partidos son instrumentos necesarios de gobierno en los constitucionales y parlamentarios, y los individuos y las colectividades ajenas á la política no están tampoco preparados para gobernar, el tiempo, que es agente precioso cuando bien se emplea, pasa inútilmente y la reforma ni se realiza, ni se inicia, dificultándola más el que transcurre sin comenzarla, cuando es obvio que en estos tiempos de opinión los partidos, para ser fuertes, deben contar con las clases más numerosas, y sería la más habil de las políticas darles de presente lo que en el porvenir remoto les ofrece el socialismo, y con él no alcanzarán jamás.

Mientras entristece pensar lo que habría podido conseguirse en este país y el alcance de sus consecuencias, al agrandar la responsabilidad de los que tal hicieron, los acusa del delito de lesa nación. Ahí está el verdadero escollo á destruir, el que un número muy limitado de parásitos paralice el efecto útil de varios millones de productores por no darles ni las orientaciones ni las facilidades que los más solicitan.

Por eso no hay verdaderos partidos, ni ideales, ni bandera, que solo puede hallarse en la satisfacción de las necesidades que hoy sienten los pueblos ó en la solución de sus problemas, ni gobierno, lo que obligaba á decir á un orador insigne, dando nueva prueba de su probada clarividencia, que era necesaria una revolución que todo lo transformase desde las alturas, para evitarla en los campos y en las calles.

Si á esta dificultad se opone por todos una resistencia tenaz hasta vencerla, las consecuencias no se harían esperar; en cuanto el labrador se convenza de que gana con creces en su industria lo que pierde como político ó como indiferente, y que el bienestar de una mayor producción le permite dar adecuado jornal al trabajador, ya será llano el camino que rápidamente conduce al aumento de la población y de la riqueza individual, cuyo conjunto produce la de la patria.

Si por desgracia estas enseñanzas se desdeñan por quienes están obligados á atenderlas; si continuamos como hasta aquí, con la aspiración innata en el hombre á las ventajas del progreso y pretendiendo cimentarlas en una producción mezquina que nos imposibilita el cambio con las naciones más civilizadas, no es difícil predecir el resultado final; que impunemente no están los pueblos en un estado permanente de huelgas industriales como al presente, y con la grave amenaza del socialismo agrario, que ya apunta y no se vence con bayonetas, ni se aquietá con quietismos, ni aun cabe la ilusión de que se extirpe con la represión ó de que las naciones no perecen, aun cuando olviden que es la ley inexorable de la creación la necesidad de fundar todo engrandecimiento de los pueblos en el cultivo de la tierra que los alimenta, y que infringirla se paga con desaparecer, que grandes fueron Siria, Persia y Egipto; el esplendor mismo de España coincidió con los resultados obtenidos por los riegos que implantaron los árabes en Andalucía y Levante, y se necesita que la historia asegure que los primeros existieron, para que se puedan descubrir sus ruinas entre las estériles arenas que hoy los cubren.

Bastará el recuerdo de que la revolución que inauguró la vida moderna se hizo por todas las clases contra una que explotaba en provecho propio el monopolio de la dirección y tiranizaba á las restantes, y que lo mismo al cuerpo social que al humano es imposible la vida si los parásitos estorban la producción de los miembros útiles. Similitud de situación que, no por callada, se atenúa, sino antes incita á acudir á su instantánea corrección.

La primera necesidad del hombre es vivir en su tiempo: el siglo que comienza será indudablemente el del trabajo inteligente; no es otro el secreto de las naciones poderosas, pues la verdadera riqueza no es el oro que la representa sino el trabajo que la crea, y no son solo trabajadores los manuales, que á todos obliga por igual el precepto divino «con el sudor de tu frente ganarás el pan», donde únicamente puede hallarse la solución del gran problema de la humanidad que encierra toda la cuestión social, y es el siguiente: Es indispensable restablecer el equilibrio entre la población humana y la alimentación de que dispone, entre el hombre y el pan, origen de todas las injusticias y de las grandes convulsiones sociales desde la antigüedad, que comienzan en la esclavitud, y amenaza, pasando por su manifestación moderna, el socialismo, con la disolución y la anarquía.

Apéndices

I

Todo vegetal se compone de los mismos 14 elementos, con algunas variantes en su proporción; tomando el trigo como ejemplo, he aquí su composición:

Oxígeno, hidrógeno y carbono . . .	{ 93,55 que encuentra en el aire y en el agua.
Sosa, magnesia, ácido sulfúrico, cloro, óxido de hierro, sílice, manganeso.	
Acido fosfórico, potasa, cal y ázoe ó nitrógeno.	
	3,38 que contienen con exceso todas las tierras.
	3 que contiene el suelo en proporción limitada.
	99,93

Demostración.—Si se quema uno cualquiera en una retorta donde puedan conservarse los gases producidos, esos son el residuo, y las cenizas los otros elementos minerales.

De 100 partes, 93,55 no las ha proporcionado la tierra y se ha formado el vegetal tomándolas del aire y el agua.

La tierra contiene los 6,38 elementos minerales que, con los 93,55 tomados de la atmósfera, forman el vegetal.

(Se continuará)



El General Arteche y sus obras

(CONTINUACIÓN)

II

Empresa temeraria es la de examinar, como se debe, la obra, la serie de obras por el general Arteche publicadas.

La que más notoriedad le ha dado es la titulada «Guerra de la Independencia»; el encargo para su formación recibido por R. O. de 26 de Abril de 1862 y lanzado á la publicidad el primer tomo en el año 1869, se terminó en el actual.

El tomo primero, puramente expositivo, nos pone al corriente del estado moral y material de España al alborear el año 1808; estudiando la formación del cuerpo de ejército de la Gironda; causa del Escorial; amistosa entrada de las fuerzas francesas en España; explosión del patriotismo nacional en toda la península, y las escenas degradantes de Bayona.

Termina con un capítulo en el que pone de relieve las fuerzas de los ejércitos beligerantes, con gran acopio de datos detallados en sus respectivos apéndices.

El tomo II narra la primera campaña que tan gloriosamente terminó en Bailén; la marcha de Lefebvre sobre Zaragoza y el sitio de la ciudad de Alfonso I; las acciones del Bruch sostenidas por los descendientes de los que llevaron á Galipoli la bandera de la patria; la asamblea de Bayona y jornadas de José Bonaparte sobre Madrid; la marcha de Dupont á Andalucía para pisar las olas del Atlántico, que tuvo su término en Andújar y Bailén, donde el soldado de Pirámides y Maren-

go entregó su espada al general ilustre *que ganaba su primera batalla*; narra, finalmente, los dos primeros sitios de Gerona.

Operaciones del ejército francés en Portugal hasta el convenio de Cintra; constitución que políticamente adoptó España privada de sus legítimos gobernantes; la marcha heróica del general Caro en auxilio de su patria, desde las heladas comarcas del Norte; las acciones de Zornoza y Espinosa de los Monteros y la marcha del capitán del siglo XIX, héroe de Arcole y Jena, sobre Somosierra y Madrid, forman el tercer tomo de la obra.

Constituyen el IV, la retirada del ejército inglés de Jhon Moore y su embarque en la Coruña; la campaña de Cataluña con el sitio de Rosas, y termina narrando el segundo asedio de la inmortal ciudad del Pilar que, á los ecos de la jota aragonesa, á orillas del Ebro, levanta frente á Numancia el émulo de su gloria.

El tomo V se ocupa de los combates que terminaron en la batalla de Uclés; de los proyectos que para salvar la patria brotó de varios cerebros, brotes que resisten siempre á todo análisis y cuya buena intención habrá que reconocer en general; las operaciones de Saint-Cyr en Cataluña; acciones de Ciudad-Real y Medellín, y marcha del Duque de Dalmaria sobre el Miño y su entrada en Oporto.

Las acciones de Alcañiz y Belchite y la batalla de María, con las operaciones de Soult y Ney y las marchas de Wellesley y Cuesta sobre Talavera, en cuyas cercanías se dió la batalla de su nombre, se contienen en el sexto tomo de la obra.

El séptimo estudia un elemento que, á mi juicio, es de capitalísima importancia, las guerrillas que la defensa de la patria lanzó al campo y que en cien combates hicieron volver caras á las águilas del imperio; la situación de Barcelona; la victoria de Tamames y el desastre de Ocaña; organización de la Junta central y primeras reformas que implanta, y el tercer sitio de Gerona, otra página de gloria que firma D. Mariano Alvarez de Castro, el que tenía *la resignación de un martir más que el heroismo de un hombre de guerra*, á creer al desgraciado que promovió la rendición, y en parte acertó, porque el militar que comenzó por héroe en los baluartes de San Daniel, terminó por martir en las cuadras de Figueras, pero se olvidó á su detractor decir que Alvarez de Castro, de martir pasa á santo venerado en los altares de la patria ¿pudiera de él decir otro tanto?

El tomo octavo narra la campaña general de 1810 sostenida por los

franceses en toda la península y la tercera campaña de Portugal con la entrada en Coimbra del «enfant gâté de la victoire».

Cádiz; la entrega de Tortosa; batalla de Chiclana y las operaciones de Torres Vedras, en las que el vencedor de Ciudad-Rodrigo y Waterloo estropea algo al Príncipe de Essling, el calificativo con que era conocido, forman el noveno tomo.

El décimo se ocupa del rey prisionero en Valençay; del principio de nuestras desgracias en América que comienzan en Chuquizaca para terminar al fin en Santiago de Cuba y Cavite, y de las batallas de Fuentes de Oñoro y la Albuhera.

El tomo once estudia el sitio de larifa y la constitución de Cádiz; la campaña del duque de la Albufera sobre Valencia y la reconquista de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, primer rayo de luz que anuncia la aurora de la independencia de España.

La batalla de los Arapiles; situación de Cádiz; sitio de Búrgos y operaciones de los guerrilleros, ocupan el tomo oncenio.

La batalla de Vitoria, y la retirada de los franceses sobre la frontera francesa y la campaña de mediodía de Francia, forman los tomos trece y catorce.

Además lleva la obra un epílogo del autor y un prólogo del ya difunto teniente general D. Eduardo F. San Román.

Este es el esqueleto de la obra y por él puede juzgarse de su importancia; como algo deseó analizarla y mucho queda por hablar acerca de su respetable autor, siendo el presente largo por demás, para los sucesivos dejaremos el resto.

ANGEL DE GOROSTIDI.

(Se continuará)



LA FUENTE

Entre una arboleda
Poblada de flores,
Que pintan colores
De vivo carmín,
La tímida fuente
Bullente manaba
Y leve surcaba
La fronda sin fin.

La noche serena
Y brilla la luna,
Parece laguna
La tierra en redor,
En donde en fantásticas
Y hermosas hondinas
Sus magias divinas
Doblan explendor.

El orbe dormita
Cual débil pequeño
Y arrullan su sueño
En la oscuridad
Al bajar las sombras
Cerrando las flores,
Nocturnos rumores
Con su vaguedad.

Así suavemente
Natura dormía
Al soplo que hería
La quietud allí,
Y mientras observa
Un vate admirado
El sitio encantado
De rosa y jazmín,

Anima la dulce
Serena armonía,
La grata poesía,
Del bello lugar.
El soplo del bosque
En el cielo bellas
Doradas estrellas
Brillando al rodar.

Y cuando miraba
Tal vez distraido
Llamóle á su oído
Quizá sin sentir,
La tímida fuente
Cantando ó gimiendo
Y siempre corriendo
Su margen sin fin.

Soltó blanca espuma
 Sin par peregrina,
 Con ansia divina
 Alzando su voz;
 Cual rubia doncella
 Se queja á su amante
 Con tono anhelante
 Así se expresó:

«Yo corro, poeta»
 Por esta ribera,
 La luz mensajera
 Me adorna al brillar;
 No siento sus rayos
 Pues es mi destino
 Seguir mi camino
 Y siempre cantar.

Y desde la nube
 Que mora en el cielo
 Al hombre consuelo
 Constante le doy;
 Quizá sus angustias
 Mirándome ovida
 Mientras dolorida
 Gimiendo me voy.

Si el hombre á su bella
 En dulce embeleso
 Concentra en un beso
 Temblando su amor,
 Entonces soy hada
 Que en tímido anhelo
 Celebro en el cielo
 Tan puro candor.

Si lleno de angustia
 Lejano se mira

Y triste suspira
 Su suerte infernal,
 Soy mansa corriente
 Con ruido sonoro
 Que mísera lloro
 Su lúgubre mal.

Siguiendo su anhelo
 Si mece el contento
 Yo soy el acento
 De hermosa canción.
 Y si melancólica
 Tristeza le azota
 Soy lúgubre nota
 De alguna oración.

Pero sus desdichas
 Son más pasajeras,
 Y sigo laderas
 Con gran precisión;
 Y corro en mi cauce
 Transida de llanto
 Con voces de canto
 A mi perdición.

Yo sé que en la tarde
 De mágico día
 Subirme quería
 A inmensa región,
 Y ver en los aires
 Cual límpidos tules
 Los cielos azules
 En gran extensión.

Reflejos rosados
 De hermosa mañana
 En selva cercana
 Brillaron al fin,

Y coro de pájaros
Cual mágico trío
Anuncia su pío
El alba venir.

Y cuando cantando
Sus trinos más suaves
Las tímidas aves
Del bosque al rumor,
Moviendo las hojas,
Con paso certero
Vistoso guerrero
Del sitio salió.

Y apuesto y gallardo
Llevaba en el pecho
Cual duro pertrecho
De guerra leal
Coraza dorada
Y manto ofuscante
Y espuela brillante
Del mismo metal.

En rocas abruptas
Diosa delicada
Tenía guardada
Horrible dragón.
Tan bello tesoro
El joven guerrero
Quitar con su acero
Ufano pensó.

El noble soldado
Con peto brillante
Era la ofuscante
Efigie de luz.
Sus rayos dorados
Brillantes caían,

Mis aguas subían
Cual ligero tul.

El monstruo sus fauces
Abría terribles,
Sus dientes horribles
Causaban pavor.
Mas la torpe bestia
Cansada y vencida
Mortalmente herida
Cesó su furor.

Y mientras el joven
Ciñó la cintura
De aquella hermosura
Que alegre soñó,
Floté yo en el cielo
Y el brillo azulado
Quedóse empañado
En blanco vapor.

Entonces el astro
En raudo torrente
De lluvia potente
A tierra caí.
Por eso gimiendo
Con vaga armonía,
La dicha de un día...
Lloro, que perdí...!»

Callóse la fuente;
Envuelta la luna
Los montes aduna
A su alrededor.
Y el vate apoyado
Atrás levemente
A la mansa fuente
Su voz dirigió.

«¿Por qué tus pesares
 Derraman tu llanto,
 Por qué tu quebranto
 Te incita el dolor?
 Por qué, si en el mundo
 Distinta corriente
 Vá siempre bullente
 A su perdición...?»

Existe en la tierra
 La masa flotante
 Que sigue oscilante
 Por cauce fatal;
 Que avanza rodando
 Sin rumbo y sin freno
 Sorviendo el veneno
 Terrible del mal.

Y un monstruo tremendo
 Con falsos halagos,
 Causando vá estragos
 En su corazón.
 Tan triste corriente
 Se llama: la vida,
 La bestia fingida
 Es la: perdición.»

Cesó débilmente
 Del límpido día,
 La luz ya cernía
 Su alegre color.
 Y en tanto la fuente
 Lo dicho entendiendo,
 Pausada, gimiendo,
 Gimiendo pasó...

MANUEL MUNOA.

RESUMEN HISTÓRICO DE LA TELEGRAFÍA

(CONTINUACIÓN)

Sistema múltiplex

Meyer fué el primero que en 1873 combinó un sistema práctico de transmisión múltiple, que ha tenido aplicación y del cual vamos á dar idea.

Compónese de un distribuidor destinado á dirigir la corriente de cada manipulador al receptor correspondiente, de tal suerte, que la distribución queda hecha de modo que corresponde igual cantidad de tiempo y de espacio en el distribuidor, á cada manipulador y á cada receptor.

Consta aquél de una rueda de metal aislada y fija de 48 divisiones en su circunferencia, si se trata de una múltiple comunicación por cuatro aparatos; y por lo tanto, corresponden doce divisiones á cada cuarta parte de la circunferencia, y de éstas, ocho agrupadas de dos en dos á otros tantos hilos aislados que van á parar á las teclas de un manipulador, hallándose las otras cuatro en comunicación con tierra, y sirviendo la primera mitad de cada grupo para el punto del alfabeto Morse y cada grupo completo para la raya.

Un frotador fijo á un arbol, recorre la superficie del disco ó rueda y pone en comunicación las diferentes divisiones con la línea, estableciendo comunicación con el correspondiente manipulador en cada cuarto de revolución.

Cada uno de estos manipuladores se halla formado de ocho teclas para establecer la comunicación entre la pila y el distribuidor, bajándose las teclas negras para los puntos y las blancas para las rayas.

El receptor consiste en un electroimán polarizado, que al recibir la corriente pone en juego cuatro mecanismos impresores, compuesto cada uno de un cilindro sobre cuya superficie hay una hélice saliente de un paso igual á la longitud del cilindro y dividido en cuatro partes, pasando el papel cinta por debajo. De éste modo, cuando se ha de transmitir una letra, se bajan á la vez las teclas blancas ó negras necesarias á la formación del signo, y no se levanta la mano hasta que el frotador haya dado la vuelta completa; la corriente pasa por el distribuidor á la línea, y mediante el sincronismo indispensable entre aquél y la hélice del receptor, sucede que ésta no puede marcar á la vez en los cuatro receptores, sino aquél á que corresponde el cuarto de emisión de corriente; así se explica la independencia con que funcionan los cuatro receptores. El sincronismo se obtiene por medios análogos á los del sistema Hughes.

Baudot, funcionario de la administración telegráfica francesa, ha aplicado al sistema Hughes los medios ideados por Meyer para la transmisión múltiple, obteniendo excelentes resultados en las líneas francesas por su sistema.

Diplex Montenegro

Del malogrado inspector de telégrafos de España D. Adolfo J. Montenegro que, aunque no se usó, demostró que pudiera usarse. Tiene por objeto el diplex, la transmisión simultánea de dos despachos en la

misma dirección; el sistema se funda en el principio de la emisión de corrientes de distinta intensidad y del mismo signo, por medio de Morses ordinarios sobre carretes locales polarizados, los que según los casos determinan el funcionamiento de uno ó otro receptor ó de ambos á la vez.

Hay en la estación que transmite dos pilas de línea, cuya relación de fuerza motriz es próximamente de uno á tres; una resistencia de compensación en el circuito de la pila menor; dos manipuladores que envían la corriente al hilo común de línea, y otra resistencia llamada adicional.

En la estación receptora, hay: tres juegos de carretes ó electroimanes polarizados; dos receptores Morse; un carrete que cierre el circuito del interruptor, y dos pilas locales.

Así, pues, si se funciona por un manipulador afecto á la pila menor, en la estación receptora solo funcionará el electroimán polarizado y sensibilizado por esta corriente; con la pila mayor, debieran funcionar ambos electroimanes de la estación de destino, pero el interruptor interrumpe la corriente con el electroimán correspondiente á la pila menor y solo funciona el de la mayor, y por último, si se funciona á la vez con ambos manipuladores funcionarán también ambos electroimanes, ó sea los dos receptores de la estación de destino; lo que se comprende, teniendo en cuenta, que está arreglado el mecanismo para que no funcione el interruptor.

El sistema éste ó Montenegro funcionó por vía de ensayo, y con buen éxito, en diferentes líneas españolas, pero el aparato Hughes resulta de mayor rendimiento y más práctico, por lo que se desmontó en las estaciones donde se usó.

Telegrafía sin conductores

Las perturbaciones ó movimientos del éter y de la materia, éter al fin, se manifiesta al exterior que le rodea por ondulaciones de diferente amplitud y frecuencia, que originan los diversos efectos de calor, luz, magnetismo, electricidad, etc., y registrándose por las sensaciones que en nosotros producen estos efectos ó por aparatos especiales que los recogen y examinan.

La teoría de las ondulaciones, en lo que se refiere al calor, luz y sonido, se debe á los físicos Joung y Fresnel, quienes completando

las apreciaciones de Huggens, demostraron que todas estas manifestaciones de la energía, son ocasionados por movimientos vibratorios del éter que se traducen en ondas.

El sabio físico inglés Clere Maxvall, demostró, fundándose en deducciones teóricas, que la electricidad es una fuerza de la misma naturaleza que las demás, siendo como consecuencia que el movimiento es la fuerza única á la que deben referirse todos los fenómenos.

Y Hertz demostró de un modo irrefutable la analogía entre los fenómenos luminosos y los eléctricos, y valiéndose de su resonador eléctrico demostró:

1.^o Que la transmisión de las fuerzas eléctricas no es instantánea, siendo su velocidad casi la misma que la de la luz.

2.^o Que la electricidad se transmite de una manera periódica, como todo movimiento vibratorio.

3.^o Que las ondas eléctricas son transversales, y

4.^o Que se reflejan y refractan como las ondas luminosas, diferenciándose de ellas tan solo, en que su frecuencia es menor y mayor su amplitud.

Una corriente eléctrica que recorre un conductor, origina en el espacio un campo magnético muy intenso en las cercanías del hilo, y cuya intensidad va disminuyendo rápidamente con la distancia. Este campo adquiere un valor determinado para una intensidad dada y varía con la corriente que la origina, de modo que si ésta corriente está sujeta á variaciones periódicas, el campo magnético se ve sujeto á variaciones periódicas de igual frecuencia y se obtienen *ondas electro-magnéticas*.

Un conductor llevado á un potencial elevado, determina en el espacio que le circunda un campo eléctrico ó electro-tático muy inmenso también en la proximidad del conductor, que disminuye con la distancia. Este campo eléctrico adquiere un valor determinado para un potencial dado, varía de magnitud con el potencial que le engendra, y si éste potencial está sujeto á variaciones periódicas, el campo eléctrico sufrirá variaciones de igual frecuencia, originándose *ondas eléctricas*.

Transmisión por medio de ondas electro-magnéticas

El método más simple para obtener esta transmisión consiste en establecer en la estación transmisora un alambre horizontal aislado y aéreo, de una longitud bastante grande y en enviar á este alambre, por medio de un manipulador Morse ó de un interruptor circular, una serie de corrientes sucesiva.

El alambre está por uno de sus extremos en comunicación con tierra y el otro con una pila, de 'a que el polo libre lo está igualmente con tierra

Se desarrolla en este hilo una serie de ondas magnéticas que obran sobre un segundo hilo receptor, situado paralelamente al primero y en el que hay intercalado un teléfono.

En este sistema no es preciso recurrir á la teoría de las ondulaciones para explicarle, pues lo que se verifica es la transformación en corriente secundaria en el hilo receptor, de la corriente del transmisor, esto es, que en el primero se desarrolla una corriente inducida.

Estos fenómenos se conocían científicamente en los laboratorios desde el tiempo de Faraday, quien en el año 1831, ampliando el concepto de la inducción electro-estática, había descubierto la inducción electro-magnética, por la cual en un circuito eléctrico aislado se produce una corriente, siempre que tiene lugar una variación en la intensidad de otra que marche por un circuito próximo.

La telegrafía sin alambres, basada en el empleo de las ondas electro-magnéticas, no ha podido entrar en el uso de la práctica, pues la longitud de los alambres paralelos tenía que ser tanto más grande cuanto mayor fuese la distancia entre las dos estaciones, con el fin de que el medio sólido ó líquido que hace el papel de conductor, sea bastante grande para que no baste á cerrar el circuito entre las comunicaciones con tierra de la misma estación. Además, el inconveniente de establecerse en los bosques, faros flotantes, pequeñas islas, barcos, etcétera.

MIGUEL P. ALCORTA.

(Se continuará)



NEKAZARI DOATSUA



Senperekon bestetan oorezko aipamena



Nere pipa chit bete, ta suaz pizturik,
Keia goruntz, chistua lurrera botarik;
Banetorren echeruntz bertsoak kantatzen.
Buruan berez berez ziranak sortutzen;

Zeiñtzuek diran letraz gaur jarritakoak,
Izan arren balio oso gichikoak,
Ala ere nai nuke emenchen lenbizi,
Orain irakurtzera jendeari asi.

—
Fumatzen duela ere Erregek badakit nik,
Eizean aspertutzean asnas artzen jarririk;
Ordea, artu ez arren onen belar merkerik,
Aposte egingo nuke ez diola gustorik,
Abanoari ark artzen, nik pipari lakorik.

Gañera ez dala bizi lasai nerau bezala,
Basotik ez daramala nere poz au echera,
Koroia da chit pisua, izan arren ederra
Itzalgarri ariñ bat da, berriz nire kapela,
¿Aiñ, ardura gichirekin, non bizi ni onela?

Bədakit Errege dela ondasunez chit audi,
 Baita askoz dituala geiago eskalari,
 Nola eziñ dion eman premiadundanari,
 Atzetik gero dabiltzaz gerra giñan berari,
 Baña ¿al da nere kontra bear bada bat ari?

Merkataria sarritan dijoa fumatuaz,
 Feriatik echeruntza burua urratuaz;
 Atsegijik artu gabe pipako ke gozuaz;
 Gogoratu oi dalako bakarrikan diruaz,
 ¿Noiz dijoa ni bezela bertsoak moldatuaz?

Tratu ona egij arren ark ezin du kantatu,
 Geiago irabaztea zuelako pentsatu;
 Aberastutzen ari da, baña, ezin da poztu,
 Zulo bat du biotzean ezin dana zerratu,
 ¿Ta urteko laboreaz ni enaiz bai, kontentu?

Nere umeai begira atsegijez nago ni,
 Ematen didatelako denak poza neroni,
 Enuen nai izaterik semerik merkatari,
 Baizik arrantzale, artzai, ta geyen nekazari,
 Zergatik ori diodan beti eska Jaunari.

Nekazaria lurrean dalako zimendua,
 Artzaia da bigarrengo, edo ondorengua,
 Arrantzale irugarren, dudarik gabekua,
 Oñean egongo bada zutik, lerden mundua,
 Bestela elitzateke gizartea galdua?

Bizibide oyek dira nere ustez onenak,
 Iruretan nik dakuskit kristaurik garbienak,
 Iruretan leyalen ta Euskaldunik zallenak,
 Gordetzen dituztelako oitura on zarrenak,
 Antziñako guraso on gureak zituztenak.

Orrela bada maiz neri alaitzen zait bairua,
 Oroñtzean guregatik bizi dala bekua,

Oroitzean guregatik bizi dala goikua,
 Nola Markes, zeiñ Errege, bergiñ Aita Santua,
 Kantaturik gure lana dala bedeinkatua.

Irurogeita bost urte euki arren gañean,
 Oraindikan zama ona deramat bizkarrean,
 Berrogeitak daramazkit igaroak lanean,
 Idi, gurdi, laya, golda, orobat aitzurrean,
 Ala ere miñez enaiz iñoi etzan oyean.

Egia da zartu naiz ta, azkena zait urbiltzen,
 Bañan, enau asko orrek beñik beiñ ni beldurtzen,
 Ator Eriotza ator, Zerura joan naiten,
 An ez dalako negarrik iñoi ere entzuten,
 Eta kantua bakarrik zatalako gustatzen.

FELIPE ARRESE TA BEITIA.

Imposición de una cruz

Con gran solemnidad se ha celebrado en el palacio provincial el acto de la entrega á nuestro querido amigo D. Ignacio Arana, oficial de la Diputación provincial, de las insignias de la cruz de Beneficencia con que ha sido agraciado por el salvamento del niño Pedro Ancino en el río Urumea, realizado por dicho señor con exposición de su vida.

La ceremonia se verificó en el salón de sesiones de la Diputación, con asistencia del presidente Sr. Machimbarrena, del vicepresidente de la Comisión provincial D. Tomás Balbás, de los diputados Sres. Garay, Itarte y Pradera y de todos los empleados.

El presidente pronunció con este motivo un breve pero elocuente discurso, enalteciendo el acto heróico que motiva la merecida recompensa y el agraciado recibió emocionado las felicitaciones de todos los asistentes, á las que unimos la nuestra muy expresiva.

EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES

Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por
D. Pablo de Alzola y Minondo
en el Instituto Bizcaíno ante la Federación de Sociedades Obreras
de Bilbao

(CONTINUACIÓN)

II

Escuelas económicas

La ciencia económica, que se ocupa de la satisfacción de nuestras necesidades materiales, está dividida en numerosas escuelas, como la filosofía, lo cual es signo de inferioridad respecto de las ciencias exactas, cuyas verdades son incontestables.

La escuela liberal, llamada también clásica ú ortodoxa, sostiene que la sociedad humana se rige por leyes naturales que no podemos alterar, reduciéndose la misión del legislador á limitar la intervención del Estado á funciones de policía y de justicia, para mantener completamente libre y desembarazado el campo á las iniciativas individuales, bajo la fórmula *dejad hacer*, debida á Gournay.

La formación de capitales moviliarios comenzó en el siglo XIII como las operaciones de banca. En las centurias siguientes, y especialmente desde el descubrimiento de América, adquirió vuelo el comercio de

metales preciosos; se desarrolló modestamente la industria bajo el régimen reglamentario de los gremios y la fiscalización del Estado, comenzando la acumulación de riquezas. Esta obra fué lenta, y estuvo reservada á ciertas razas escogidas la facultad de salvar los escollos, casi infranqueables, para alcanzar el puesto de sociedades capitalistas.

Los prodigiosos inventos de la locomotora y del buque de vapor, el descubrimiento y perfeccionamiento de las máquinas de todas clases, y las maravillas de la electricidad, coincidieron para que la humanidad diera un salto colosal en el proceso del siglo XIX. El tránsito del régimen rutinario de los gremios al individualista de la libre concurrencia, se señaló por un progreso insólito y una mejora social positiva, que ha desmentido los fatídicos augurios lanzados hacia el comedio de la centuria por varios publicistas.

No obstante, las aglomeraciones obreras, debidas á las industrias importantes, originaron las asociaciones de trabajadores, que formularon sus quejas y protestas, por no considerarse bastante recompensados en la distribución de los beneficios, y los principios abstractos en que se fundaba la Economía clásica, su sequedad y falta de commiseração hacia las clases menos afortunadas labraron su descrédito.

Las ideas comunistas, más radicales que las socialistas, tan extendidas ahora, son muy antiguas. Las practicaron varios pueblos; las leyes de Minos y Licurgo organizaron la propiedad, ora colectiva ó sujeta á frecuentes repartos, y apenas existía la familia, puesto que no tenían los padres derecho á educar á sus hijos. *La República* de Platón estuvo concebida sobre bases análogas, considerando como estado perfecto el de la comunidad de bienes, aunque con el contrasentido de mantener la esclavitud como indispensable á la existencia de la sociedad; pero los griegos estaban bastante civilizados para conceder demasiado crédito á los principios sustentados por aquel célebre filósofo.

Proclamaron los israelitas la igualdad y fraternidad; nuestro Evangelio se basó en el amor á la pobreza; varios padres de la iglesia anatematizaron con violencia la posesión de riquezas, y las órdenes religiosas aplicaron los preceptos comunistas. La revolución de Juan de Leyden en Munster durante el siglo XVI; la utopía de J. Morus y las obras de J. J. Rousseau contribuyeron á preparar varios ensayos comunistas.

Fourier ideó los célebres falansterios, en los que utilizaba las passions generosas del hombre para hacer ameno y simpático el trabajo.

Revistió importancia el vasto plan realizado por los jesuitas en el Paraguay bajo la dirección de Francia; pero á su muerte se derrumbó por completo la comunidad. Cabet, autor del *Viaje á Icaria*, ensayó el planteamiento de sus doctrinas, primero en Tejas (Méjico) y después en Nanwoo (Estados Unidos), que acabaron por un completo desastre. R. Owen, rico fabricante inglés, estableció con sus obreros el sistema cooperativo; al montarlo en vasta escala fracasó, como los talleres nacionales de L. Blanc, montados en París en 1848.

El escollo de todos estos ensayos se deriva de las inclinaciones del hombre, dominado por el interés personal y dispuesto á reclamar de la asociación comunista la mayor cantidad posible de satisfacciones con el menor esfuerzo, y corresponde, en todo caso, á estados de la civilización más rudimentarios que el presente.

A mediados del siglo pasado surgieron otros reformadores, que sin llegar á las doctrinas comunistas, sentaron los principios del socialismo moderno. Proudhon sostuvo la teoría de la gratuitad del crédito y Karl Marx creó el sistema *colectivista*, que entrega á la sociedad y no al capital privado, los instrumentos de producción, mientras la escuela *comunista* suprime en absoluto la propiedad privada para toda clase de bienes.

El sistema de Marx considera la propiedad privada como *resultado de la explotación*; y al capital constituido por *salarios no pagados á los obreros*.

De estos principios deduce que, teniendo la propiedad privada un origen doloso ó fraudulento, la sociedad tiene el derecho de expropiación para utilizarla en provecho de la colectividad.

«Para transformar la pequeña propiedad derivada del trabajo individual en propiedad capitalista, fué preciso el transcurso de un período más largo que el de la metamorfosis necesaria para convertir aquélla en propiedad social. Antes se hizo la expropiación de la masa por algunos usurpadores; ahora se trata de la expropiación de éstos por la masa.»

El manifiesto del partido comunista, redactado en 1847 por Marx y Engels, planteó *la lucha de clases* entre la burguesía y el proletariado, la constitución del partido obrero internacional y la propaganda por los hechos, á fin «de expropiar á los expropiantes», anunciando que la masa no tenía nada que perder en la transformación social, pudiendo, en cambio, ganar mucho con el sufragio universal, la prensa barata,

las aglomeraciones industriales, las huelgas y los procedimientos revolucionarios para lograr sus reivindicaciones. La síntesis de este programa, basado en la concepción materialista de la historia, sostenida por Marx, tomó el nombre de *colectivismo*.

Entendió Marx que el *valor es el trabajo del obrero cristalizado ó materializado*, es decir, que el de un objeto ó una mercancía se halla determinado por la cuantía del trabajo empleado en producirla; idea que había sido acogida por otros célebres economistas, desde Smith á Bastiat; pero difieren mucho sus explicaciones respectivas sobre este concepto por la importancia que dan á otros factores, como la *utilidad y la rareza*.

El error de la teoría de Marx, base fundamental del colectivismo moderno, se demuestra fácilmente. Si un operario fabrica en cada hora de trabajo cinco objetos iguales, y otro elabora en el mismo tiempo cincuenta, gracias al empleo de una máquina, resultará el absurdo de que este instrumento, que decupla la fuerza productora, no es una fuente de valor.

Entre dos costureras, una provista de la máquina de coser y otra que solo cuenta con la aguja y el dedal, habrá gran diferencia en la labor ejecutada y, por tanto, no se puede negar el valor y el servicio prestado por un invento tan útil, que solo se adquiere por compra ó alquiler.

¿En qué se funda la diferencia de precio de dos hectáreas de viñedo á las que se aplica igual intensidad de trabajo, cuando es distinto el rendimiento por la calidad del terreno ó por su orientación?

¿Cómo se explica que un procedimiento nuevo de fabricación abarate los artículos ó que un cambio de la moda haga desmerecer el valor de los géneros almacenados?

¿Por qué se encarecen las subsistencias con motivo del cerco de una plaza ó de la pérdida de la cosecha?

Observa C. Gide que si el trabajo fuera la única causa del valor, no tendrían ninguno los manantiales de aguas minerales ó de petróleo, el guano ó la arena, ni el vino añejo costaría más que el nuevo. Es que la escueta doctrina de Marx no tiene presente que, como dice Couwes, toda clase de riquezas presupone el hecho humano de la apropiación ó de otros trabajos análogos.

Si conforme á la teoría de Marx pretendiesen los obreros *percibir integral el producto de su trabajo*, no sería esto justo sino en caso de

que hubieran suministrado, además de la mano de obra las primeras materias, las máquinas y todos los elementos de la producción.

Blanqui definió el principio colectivista en la fórmula de que *quien ha hecho la sopa debe comerla*; pero para guisar necesita que haya quien le proporcione la cocina, la olla, la carne, el pan, la sal y el carbón, que representan otros tantos trabajos anteriores, cuya participación en el valor de la sopa es evidente.

Marx quiso demostrar que los capitales se forman cercenando el pago del trabajo. Pero en tal caso, las numerosas quiebras en toda clase de empresas procederían de gastos excesivos, probando lo contrario; aquí mismo han producido enormes pérdidas á los iniciadores, la mayoría de las Compañías de ferrocarriles, de tranvías, vapores, fábricas de papel, vidrios y varias otras sociedades mineras, etc.

Por otra parte, para fundar una industria se necesita un capital inicial destinado á fondo de establecimiento y otro para la explotación del negocio, recursos que son como el crédito, fruto de otros trabajos anteriores. Y ¿cómo puede negarse la legitimidad del ahorro acumulado por el obrero, que á fuerza de perseverancia se eleva á contramaestre y á industrial, del médico que consagra una vida de estudios y desvelos á constituirse un peculia, del ingeniero que desarrolla durante sus estudios un trabajo intensísimo y arrostra no pocas penalidades en la dirección de las obras públicas, del comerciante que regresa de América con un capital formado á fuerza de trabajo y vigilias?

Suponed que se agrupan cien obreros fuertes é inteligentes, que solo cuentan con el vigor de sus brazos. ¿Qué labor provechosa podrán realizar por sí solos? Ninguna. Si quieren perforar un túnel necesitan herramientas, vías, vagones y dinamita; para trabajar en un taller será preciso que cuenten con el terreno, los edificios y la maquinaria más el capital flotante y el crédito, y si son pescadores habrán de proveerse de una lancha, de redes y de cebo, sin cuyos requisitos resultaría estéril su faena.

La renta es precisamente la remuneración del servicio que presta el capital invertido en los instrumentos de trabajo, y no basta negar como Marx que carece de valor, porque los hechos prueban lo contrario. No puede obtenerse la riqueza sin utilizar otra anterior que hace el papel de cebo, siendo el crédito, el pago del trabajo economizado á los que han adquirido en préstamo un capital, á fin de emplearlo con provecho para ambas partes.

Lasalle sostuvo que en el reparto de las ganancias corresponde la peor parte al obrero, lo cual es más discutible. Para unir los dos factores ideó las sociedades cooperativas de producción, auxiliadas por el crédito del Estado como medio transitorio para preparar el terreno á la transformación de la sociedad actual.

El lapso de medio siglo transcurrido desde la propaganda de los apóstoles del colectivismo, ha bastado para aquilatar lo poco que había de viable en aquellas doctrinas. ¿Pueden igualar en rendimiento las cooperativas de producción á las sociedades privadas? La piedra de toque está en la gerencia, en la dirección técnica y administrativa, en el resorte vigoroso del interés particular, que se desvive, busca las capacidades sin reparar en el precio, las estimula con una participación en los beneficios, mientras en las empresas de carácter colectivo no tienen los jefes interés directo en el éxito del negocio y requieren tal grado de educación, disciplina y de rectitud, que exigirían un larguísimo aprendizaje. Hasta ahora, se han señalado por sus fracasos muchas cooperativas de producción, aunque no por esto se debe renegar de ellas, ni desautorizar el sistema, que difiere mucho del régimen colectivo.

Sostenían aquellos tratadistas que el capital crece por sí mismo y sin ningún esfuerzo personal con el desarrollo de la civilización, ó sea con el trabajo ajeno, confiando en que la revolución social restituiría á la colectividad todo el aumento acaparado por algunos individuos á expensas de la masa.

Tampoco es completamente exacto este aserto, porque la renta del capital desciende gradualmente, encontrándose los imponentes de fondos de los Estados y de los tenedores de toda clase de valores algo sólidos, con una reducción paulatina de los ingresos, y si en determinadas localidades suben los precios de los inmuebles, en cambio han descendido en las propiedades rurales, sufriendo además todas las clases sociales las consecuencias del encarecimiento de la vida.

(Se continuará)

LILLURATUA

Senpereko bestetan bigarren garait saria

Arrats gochorik iragan dut joan den neguan. Ene auzoan badá apez misionest bat. Chinatik zenbait denborarentzat errirat etorria, bere osasun aularen aalaz azcartzeko. Zenbat gauza ikusi duen apez misio-nest orrek! Zenbat ikasi! Eta ikusi eta ikasi dituen gauzak zoin pulliki dituen erraten! Aren ao chiloari bea an egoten ginen, su-pazterrean, gaztainak erretzen ari zirelarik; eta aurrek berek, lekuko naiz, aurrek berek aurtara bat gaztaina baino naiago zuten misionestaren iñtorio bat.

Arrats batez, berri tchar bat ekarri zuten misionestaren etcherat: Erriko mutil gazte bat, etcheko-seme ona, bainan arina eta alferra, preso artu zuten, makur andi bat egin zuelakotz. Gaziak arrituak gi-nauden. Aita misionestak, begiak zerurat altxaturik, otoitz kartsu bat egin zuken. Goibeldu zen aren begitarte arraia; bi aldiz, ats-beerapen samin batekin, adiarazi zituen itz auk: «Gazte gaišoak! Gazte mai-teak!» Eta gero, aurrik, sei aur, bere ondorat bildurik, erran zioten: «Gaur zueri, aurrik, nai dautzuet iñtorio bat kondatu; zuentzat da beréziki ene gaurko iñtorioa! Atzarririk beraz, aurrik! Eta zuek ere, burasoak, atzarririk! aurrentzat baino are berézikiago zuentzat baita ene iñtorioa:

«Beraz, duela biz-pa-iru urte, Chinan nintzen, oian andi eder batzuen erdian bizi. Goiz batez, argi urratzean, bideari lotu nintzen eri baten ikusterat joateko. Ainitz urrun baitzen bada eri ura; amar bat orenen bidean. Urtutsik, makila bat eskuan, abiatu nintzen bozik;

»denbora auta zen: zeru-zola garbi, airea gošo, bidea legun. Argiari,
»iguzki sortzeari agur egiteko bezela, choriatik arbola guzietarik kantu
»errepikaz ari ziren.—Zenbat chori mota! Churi, gorri, urdin, ori,
»andi, ūki. —Zenbat kantu mota! Apal, gora, lodi, mee, airos, ilun.
»Eta jo unat, jo arat, arbola batetik bertzerat elgarren ondotik egaldar-
»ka, oro garrasia, oro zilizka, chori ek iduri zuten aur erne multzu bat
»atxemanka ari.

«Iguzkiak berotzearekin bizkitartean, emeki-emeki geldituche ziren,
»geldituche eta iſilduche. Amar orenetako irian et-zen geiago ez cho-
»ririk ezkanturik ageri. Iguzkiak bazter guziak erre nai zituen: aize epel
»epel batek doi-doia dardaratzen zituen arboletako osto zimalduak. Eta
»ni banindoan aintzinat, beti bakarrik, izerdia zurrutan, egarriak itoa.
»Ameketako einean eltzen naiz itzalpe loriagarri baterat: oianaren ezkin-
»ezkinean, bertzeturik berech ogoi arbola eder, aizti pullit bat iduri; ur
»chirripa bat garbi bat aldean, arrokatik eldu; lurra belar gizen luze
»batez estalia eta belarpean, usu usua, lore gorri zabal batzu. Nor et-
»zen an geldituko, zazpi-zortzi oren bideren ondotik, asiki baten jate-
»ko, ur garbi artarik zenbeit urruparen edateko...? Jartzen naiz beraz
»arroka mutur batean. Erran bezela, bazter guziak iſil zauden.

«Bet-betan, ezkerretarik, arbola loratu baten gainetik asten da chori
»kantu bat; bainan nolako kantu! Egundaino ez aditu, ez asmatu ez
»nuen bezalakoa: erdi irri, erdi nigar, ezti bezen samina. Alako bat
»egiten daut biotzak, goibeldura batek, lazdura batek barnea artzen.
»Jekitzen naiz, eta emeki emeki, zango punten gainean, kantu eldu
»zen arbolatik urbiltzen. Chori ūki bat zen, osoki pullita, elurra
»bezen churi, kukurutza oriño batekin. Eta beti kantu berean ari zen.
»Bozkariozko, auñezko kantu!—Norat zoazi bada, chori ūki maitea?
»Ala eztaietarat, ala obirat...? Adarrez adar, aldaškaz aldaška, beti
»jausten ari da choriñoa, eta aren begiak lurraldi, lurrean daiteken zer-
»beitii itzatuak dagotzi. Beatzen dut nik ere choria bea dagon tokirat,
»eta zer dut ikusten...?

«Suge bat izigarria, belarpean eta lorepean biribilkatua, buruaz lan-
»da osoki gordea. An dago geldi geldia, maltzur maltzurra, aoa idekia,
»odola bezen gorri, ingurunako, lore zabalak iduri; begiak suá dario-
»tela, choriatik begietan landatuak. Eta chori gaišoa, begi eien dirdirak
»bozkariatua, izitua, choratua, itz batez *lilluratua*, chori ūkia beti
»jausten ari da, eta adarretik adarrerat, aldaškatik aldaškarat, sarko-
»rrago eta lazgarriago da aren kantu.

«Azkenean, agoniako intzina bat egiten duelarik, erortzen da su-
»gearen aorat. Laster iretzia, laster ila bailitake! Bainan ordu berean
»makila kaska batez kalitzen dut sugea, eta chori ūkia ūtu faka atera-
»tzen da bere obi bizitik, eta chimizta bezala arbola kaskoak goiti zeru
»alde egaldatzen.»

Oi, zer iñtorio pullita! ginuen guziek batean erran, misionesta ichilzearekin. «Bai, pullita da, zaukun iardetsi, pullita eta irakaspen andia dakarkena. Choriaren iñtorioa, sobra gazten iñtorioa! Menturaz »egun preso artu duten mutil gaztearen iñtorioa! Zenbat gazte ez du »ifernuko suge zaarrak lilluratzen! Oroit, aurak, etsaia maizenik lore- »pean gordetzen dela, gordetzen munduko gochokerien, arinkerien, »ergelkerien erdian. Aurak, gazteak, otoitzaz, lanaz, burasoen itzal- »pean biziz, ies suge madarikatuari; eta zuek ere egun batez, ene chori ūkia bezela, zorionezko errepiketan egaldatuko zarete zeru alde.»

L. DIARASSARRI
Orzaizeko errrotora.

LA ROSA DE MI MADRE

Llegó la primavera
con su vida pomposa,
y encima de la tumba de mi madre
nació una blanca rosa.

Un día el viento aleve
tronchó la flor hermosa...
Aun guardo aquella flor sobre mi seno
como apreciada joya.

.....
Si cuando yo me muera, aunque marchitas,
subsisten aún sus hojas...
te lo digo á tí, madre,
¡he de morir besando aquella rosa!

B.

MARINOS ILUSTRES DEL SOLAR BASCONGADO

LARRASPURU

(CONTINUACIÓN)

Su ingreso en la carrera, en plaza de Alférez real, tuvo lugar estando en vigor la provisión de 18 de Noviembre de 1626, por la cual S. M., á propuesta de la Junta de Guerra de Indias, dispuso que del mismo modo que se exigían seis años, por lo menos, en servicio activo para merecer el grado de Alférez de infantería española, sin los cuales no podían ser considerados suficientemente prácticos en el ejercicio de las armas, podría con mucha más razón exigirse en la marina á cuantos aspirasen á plaza de Alférez de la carrera para servir en los galeones de la Armada de la guarda de las Indias seis años, ó por lo menos cuatro, de práctica. Prudente y acertada disposición encaminada á conseguir inteligentes y expertos marinos, depositarios de la honra de la patria y conductores de los fabulosos caudales que se transportaban desde las Indias. De estas condiciones, puramente legales, se hizo gracia á Echeverri en consideración á sus sobresalientes disposiciones, á su cultura, poco común, en tan temprana edad, pues ya le eran familiares todos los instrumentos náuticos y matemáticos, el Uclides de Geometría, Rojas de Fortificación, Lechuga de Artillería, las Tablas astronómicas del Rey Don Alfonso y las nuevas Ordenanzas sobre fábricas, de las cuales poseía extensos conocimientos prácticos adquiridos en los astilleros que explotaban sus padres en Pasajes. Sobre estas dotes del entendimiento, sobresalía en él aquella virtud social, la cortesanía que, según expresión felicísima de Vargas Ponce, todo lo razona y hace insinuantes y amables las sólidas y fundamentales virtudes.

Su primer viaje á las Indias fué accidentadísimo. Salieron los galeones de Cádiz muy entrado el año de 1628 y en Cartagena pasaron larga invernada de seis meses. Embarcó en la almiranta de Miguel de Echezarreta, á cuya mesa fué haciéndole su infortunado almirante muchas finezas y prodigándole sanos y prudentes consejos sobre la vida de á bordo, especialmente en cuanto al juego, pasión á que desde las primeras navegaciones á Indias, se entregaban, durante tan largas travesías, capitanes y soldados y marineros y aun los propios generales. Pero Larraspuru lo prohibió en absoluto en sus navíos y aquel año no llegó á jugarse ni un real siquiera, según expresión de Echeverri.

Era Virrey del Perú el marqués de Guadalcázar, quien con cuantas precauciones le aconsejó la experiencia, despachó puntualmente la Armada del Sur á la celebración de la feria de Portobelo, donde como de ordinario, se recibieron los caudales que á ella concurrieron y los quintos del Rey y terminado el registro de la plata y frutos regresó la Armada á Cartagena en espera de mejores avisos de los que se tenían sobre la situación de las escuadras holandesas que acechaban á la espera el paso de nuestras flotas.

Allí se supo poco después el desastre de la de Nueva España en conserva de los galeones del cargo de D. Juan de Benavides Bazán, apresada en el puerto de Matanzas por el almirante holandés Piet Heyn; y como era la primera armada de Indias que los enemigos sorprendían cayó como una bomba la noticia del suceso en todos los dominios del Rey católico.

Con tamaño desastre, originado por inadvertencia y apocamiento del general, que por él perdió la vida en el cadalso, no solo se privó España de las naves y tesoros que conducían, sino que deshecho el encanto que rodeaba y á todas partes seguía á las armadas de galeones portadoras de los codiciados caudales del Perú y Nueva España, descendió nuestro ya mermado prestigio de una manera lastimosa. «Lo de Nueva España no es para escrito—decía Echeverri á su padre en carta desde la Habana á 7 de Enero de 1629—pues ha sido la mayor pérdida que ha tenido España, tanto en hacienda, pues se llevó el enemigo de siete á ocho millones, como en reputación, pues no se gastó libra de pólvora. Todo está cual Dios lo remedie, pues hombres de cien mil ducados amanecieron pobres.»

Hecha por Larraspuru toda suerte de prevenciones y apercibidos los galeones á la defensa del tesoro que conducía, el 24 de Febrero salió

de la Habana por derroteros desusados, burlando al enemigo que, mucho más poderoso, pretendió cortarle el paso. Antes de dar la vela hizo merced á Echeverri de una plaza de entretenido que vacó por haber quedado en la isla D. Luis de Paredes, caballero del hábito de Santiago, que la servía con Cédula de S. M. Dispuso que embarcara en la Capitana sirviendo en plaza de Alferez real, y así vino á la mesa del general, de quien recibió particulares mercedes; y sin novedad digna de mencionarse, mediando el mes de Abril, rindió la armada el viaje en Cádiz.

Sin esperar á su general que quedó allí durante los enojosos trámites de la visita, partió inmediatamente hacia Madrid, siendo su primer cuidado visitar al Conde duque con un presente de 24 libras de chocolate que le costaron 48 pesos, pues el desastre de Matanzas y el apresamiento de la flota de Nueva España había encarecido aquel año el artículo. Dió minuciosa cuenta á su padre de todos los accidentes y de sus gastos personales durante el viaje, aconsejándole al propio tiempo que con cualquiera ganancia vendiera el galeón construído en Pasajes al duque de Maqueda que lo solicitaba, «pero con buenos fiadores, porque sinó sería muy bellaca venta,» y que pusiera mano en la fábrica de otro, porque con pocas naos como entonces había y muchas guerras, aunque se corría la contingencia de que el Rey echara mano, por embargo, de los vasos, siempre quedaba la esperanza de venderlos á buen precio.

«Yo, señor, decía á su padre, acudo mucho á palacio, más que solía. Todos los días asisto al cuarto del Duque á la hora que se levanta y luego, á la una, al cuarto de mi señora, que come con el Duque y á las diez á la cena. Todos me han recibido muy bien, y anteanoche me hizo el Duque muchas preguntas, así de la jornada como del general y Capitán y de la pérdida de las naos de Nueva España, delante de mi señora y sus hermanas y muchos titulos, caballeros y criados de la cena. A todo respondí con el mayor tiento que pude, más de una hora; y dijo el Duque se holgaba mucho que diera tan buena cuenta y relación de todo. Y después me dijeron que había dicho, luego que saqué yo, que no había gente como la vizcaina y muchas cosas en mi favor.»

Por estos días salió para Guipúzcoa su general Larraspuru á descansar, aunque por corto tiempo, de los trabajos pasados y á reponer la salud seriamente quebrantada, no sin prevenir á Echeverri se fuera

preparando, que volvería luego para salir de nuevo por Septiembre para las Indias.

«Ayer—decía á su padre—despidiéndose (el general) de mi señora le pidió el primer aviso para mí y la concedió; y hoy delante de su señoría, me dijo el Duque si quería embarcarme con D. Fadrique. Yo le respondí que sí, y mi general replicó que no quería que navegara con otro, y el Duque dijo que le parecía bien. Así será fuerza embarcar con su señoría, de lo que me huelgo mucho.»

Pocos días después se despechaba á favor de Echeverri la Real cédu-
la que sigue:

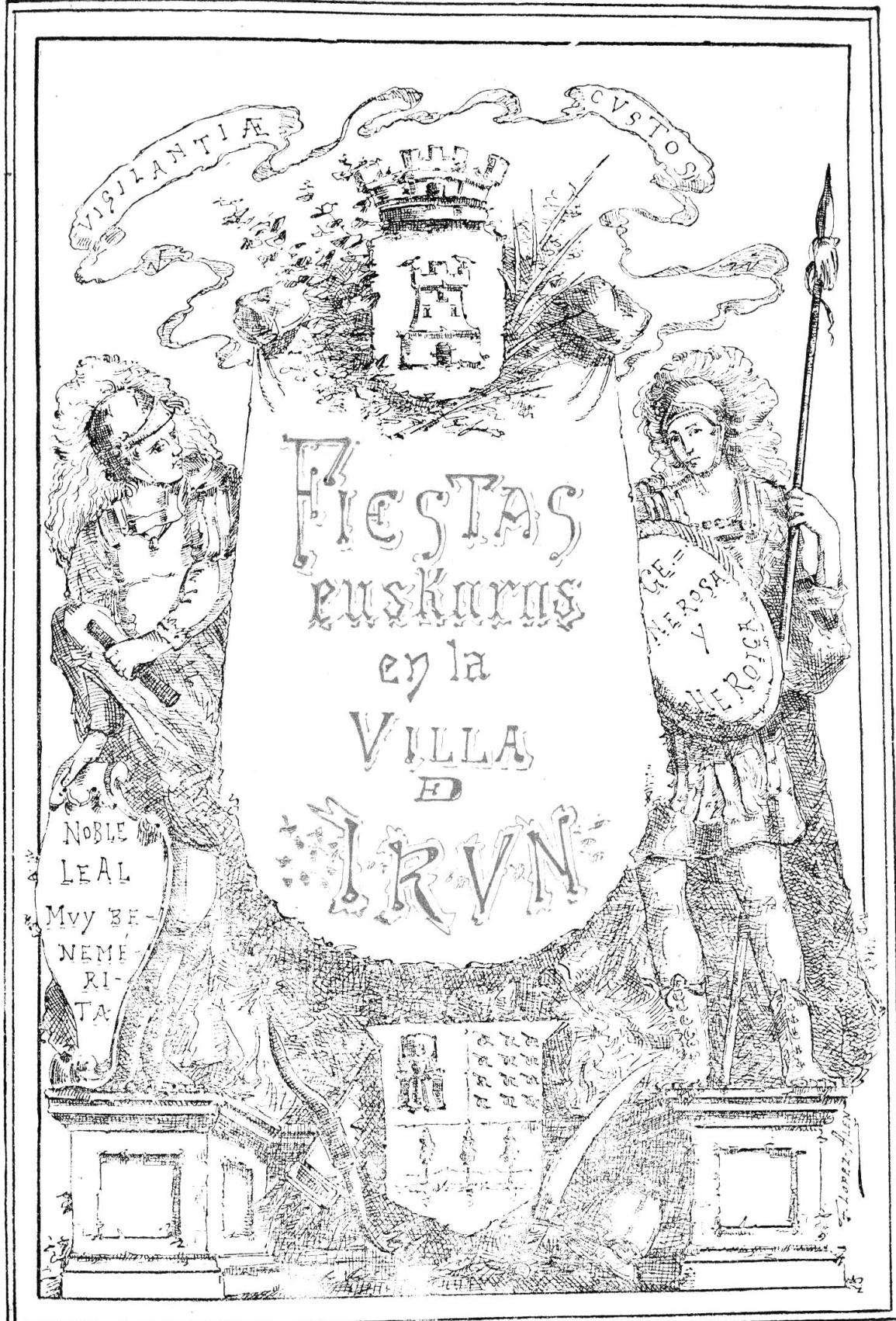
«El Rey.—Mi capitán general de mi armada de la guardia de la ca-rrera de Indias. D. Juan de Echeverri me ha hecho relación que á imita-ción de sus pasados me ha servido de Alférez real de esa Armada y que este último viaje vino sirviendo uno de los entretenidos de ella, suplicándome que para que pueda continuar mi servicio os mandase que no se embarcando en el viaje que este presente año ha de hacer por la plata mía y de particulares alguno de los entretenidos propietarios, le nombrasesdes en su lugar. Y habiéndose visto por los de mi Junta de Guerra de Indias, lo he tenido por bien, y os mando que queda-dándose en estos Reinos alguno de los entretenidos de esa dicha ar-mada, nombreis en su lugar al dicho D. Juan de Echeverri y le hagais asentar la dicha plaza y que se le acuda con los treinta escudos que tiene de sueldo al mes desde el día que aquel se quedase y cesase y él fuese recibido hasta el que volviese del dicho viaje. Que así es mi vo-luntad, y que desta ini céedula tome la razón D. Juan de Castillo, mi secretario y del registro de las mercedes y mi vehedor y contador de la dicha armada. Madrid 5 de Julio de 1629. Yo el Rey.—Por manda-do del Rey nuestro señor.—Andrés de Rojas.»

FRANCISCO SERRATO.

(Se continuará)

NOTA.— Al cerrar estas páginas se están celebrando los Concursos de agricultura y ganadería y Juegos florales en Irún.

Siguiendo la costumbre establecida, les dedicaremos el número próximo.



Reproducción de la portada estampada en la relación de las fiestas y viaje a Irún de Felipe IV en 1660

LAS FIESTAS EUSKARAS DE IRÚN

RESEÑA GENERAL

Nunca con más verdad puede decirse que asistió un mundo á las fiestas euskaras de Irún.

Este año ha resultado á la vez simbólico el acto euskaldun, pues país basco francés-español se reunió en estrecho abrazo durante los días en que se celebró esa manifestación de la paz y del trabajo bascongado.

Llegó el día 26 é Irún entero se echó á la calle, siendo así como espléndido y animado anuncio del gran aspecto que habían de ofrecer los concursos y certámenes.

Ya de víspera, el digno alcalde D. Cipriano Larrañaga dirigió á aquel culto vecindario una expresiva alocución, encaminada á recibir y obsequiar á los forasteros lo mejor posible, lo que fué realizado á maravilla, resultando la nota simpática, propia de los regocijos de nuestra amada tierra, de no registrarse el menor altercado ni disputa, á pesar del inmenso gentío y duración de las fiestas.

La Diputación de Guipúzcoa fué recibida en la estación por el alcalde de Irún, los concejales Sres. Iruretagoyena, Pedrós, Arbaldi, Barabar, Cano, Gaztelumendi, Echegoyen, Eceizabarrena y Recarte y el cura párroco Sr. Iriarte con dos coadjutores.

Los acordes del Gernika ejecutado por la banda municipal, que dirige D. Regino Ariz, anunciaron la llegada del tren.

Después de cambiar afectuosos saludos, se organizó el cortejo, y con la banda municipal á la cabeza, se puso en marcha al compás de un bonito pasodoble, escoltado por el numeroso público que llenaba la estación.

La calle del ferrocarril, que sirve de entrada á Irún, engalanada con guirnaldas de laurel colocadas en airolos mástiles pintados de azul y blanco, sobre los que se veían escudos, gallardetes y enlaces de banderas; el hermoso paseo de Colón, en cuyo arranque se levantaba un